

ESQUILO Y SU EXALTACIÓN DE LA JUSTICIA Y LA MODERACIÓN

-A propósito de una nueva representación de *Los Persas* en el antiguo teatro griego de Epidauro-

Por Hugo Francisco Bauzá

Publicado en Infobae, agosto 2020¹

Destaco, de esta semana, dos acontecimientos significativos que competen a la cultura griega. El primero tiene que ver con el fallecimiento del helenista don Francisco Rodríguez Adrados ocurrido el día 21 del corriente mes a la edad de 98 años; el segundo, con la representación de *Los Persas* de Esquilo, pieza que será puesta en escena en el antiguo teatro griego de Epidauro el sábado próximo -i. e., 25- y que podrá ser vista, mediante la aplicación *zoom*, a las 15 horas de nuestro país, a través del enlace <https://www.livefromepidaurus.gr/>

Rodríguez Adrados perteneció a la ilustre pléyade de clasicistas de la Universidad de Salamanca; de entre éstos menciono a don Antonio Tovar, a don Agustín García Calvo, al micenólogo Martín Sánchez Ruipérez y, entre otras destacadas figuras, a don Luis Gil Fernández; este último, en plena lucidez pese a su muy avanzada edad, en mi modesta opinión, el más profundo y sutil de todos ellos, según puede advertirse en lo medular de cualquiera de sus trabajos.

Adrados de quien, hace ya varias décadas, fui alumno durante un año en la Complutense, dejó una obra ciclópea sobre filología clásica y lingüística. Fue un indoeuropeísta de relieve además de reconocido traductor de textos griegos, latinos y sánscritos. Desde el año 1952 revistó como catedrático de “Filología griega” en la citada universidad que, tras su retiro, lo honró distinguiéndolo Catedrático emérito. En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas formó numerosos discípulos, uno de los más destacados, el helenista Carlos García Gual. El infatigable don Francisco que, entre otras distinciones, fue miembro de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia, dirigió hasta su muerte importantes proyectos vinculados con el mundo clásico de los que sobresale el monumental *Diccionario griego-español* del que ya han aparecido ocho volúmenes. Va esta referencia en recuerdo y homenaje al distinguido estudioso.

Los Persas

En cuanto a *Los Persas*, de cuya representación esperamos gozar el próximo sábado a través de la pantalla, tal como puntualicé, se trata de la primera tragedia de Esquilo, aunque hoy se plantea una controversia sobre la posible prioridad de *Las suplicantes* a partir de ciertos testimonios de los papiros de Oxirrinco. Si bien con antelación a Esquilo hubo otros dramaturgos -Tespis, Quíriilo, Frínico o el satírico Prátinias- de éstos no conservamos pieza alguna- por lo que Esquilo pasa por ser virtualmente el creador de la tragedia ática. Así, pues, lo bautizó el helenista Gilbert Murray en un trabajo celeberrimo: *Aeschylus. The Creator of Tragedy*², en el que hace hincapié en que, entre otras novedades, introdujo el segundo personaje dramático, flexibilizó los monólogos y redujo los coros, con lo que el antiguo ditirambo adquirió grandeza escénica, aspectos estos sobre los que ya había discurrido Aristóteles en su *Poética* (1449a). Destaca también el profesor Murray que este

¹ <https://www.infobae.com/cultura/2020/07/24/teatro-clasico-en-vivo-desde-grecia-esquilo-y-las-lecciones-de-la-batalla-de-salamina/>

² Oxford, Clarendon Press, 1940.

prolífico autor³ confirió a sus piezas carácter religioso al poner en ellas de manifiesto la presencia de fuerzas divinas que, en su lectura, son las que en definitiva parecen dirimir la suerte de los mortales (recordemos que en el final de las *Traquinias*, Sófocles, por boca del coro, exclama: “Y en todo esto nadie anda sino Zeus”, v. 1278). Sus tragedias, en consecuencia, revisten un aura de sacralidad tal que confiere solemne majestuosidad a su dramaturgia. Más tarde, tras el merecido éxito de las piezas de Sófocles y de la aclamación popular de las de Eurípides, que parecían haber eclipsado la fama de Esquilo, Aristófanes en el balance crítico sobre los tres grandes trágicos, termina dando la palma a Esquilo⁴.

Los Persas es la única de sus tragedias que versa sobre un tema histórico -la victoria de los griegos frente a los medos en la batalla de Salamina-, sus restantes piezas lo hacen sobre temas míticos. Con antelación a Esquilo, Frínico ya había abordado esta cuestión en sus *Fenicias*, del 476 a. C., que no se conserva pero de la que tenemos noticia por escoliastas. En esta obra la derrota persa era referida por un eunuco en el prólogo de la tragedia; en la de Esquilo, en cambio, el desastre forma parte de la representación misma. Para W. Jaeger la obra de Esquilo es una pieza unitaria⁵; para A. Lesky⁶ y para otros estudiosos, en cambio, formaba parte de una tetralogía constituida por *Fineo*, *Los Persas*, *Glauco de Potnias* y el drama de sátiros *Prometeo portador del fuego*, cuestión debatida que no es sitio analizar aquí.

Tras las reiteradas victorias de los helenos -Maratón (490 c. C.), Salamina (480 a. C.) y Platea (479 a. C.)- Esquilo, que había luchado en las dos primeras, llevaba como timbre de honor su participación en tales gestas, así pues lo revela el epitafio que, dicen, compuso para su tumba. También en tales contiendas combatió uno de sus hermanos quien perdió una mano en el feroz enfrentamiento entre Asia y Europa, prefigurando lo que también le sucedería a Cervantes en Lepanto, en pareja contienda entre Asia y Europa acaecida dos milenios más tarde.

Los Persas fue representada en Atenas en el 472 a. C., con la que obtuvo el máximo galardón en las festividades dionisiacas. Ello aconteció ocho años después de la batalla de Salamina, acontecimiento bélico que debía estar grabado fuertemente en el pensamiento de los atenienses. En esta primera representación el poeta contaba con 53 años; con posterioridad fue puesta en escena en el soberbio teatro del entonces reino de Siracusa al que Esquilo había sido invitado por el tirano Hierón I -gran mecenas cuya corte hospedó, además de Esquilo, a Píndaro, Simónides y a Baquílides-, ocupándose el propio poeta de toda la *régie* de la pieza. Consta que en la primera representación actuó Pericles, entonces de 23 años, como corega.

Para elaborar esta tragedia el dramaturgo no se sitúa en el terreno victorioso de los griegos, sino en el de los vencidos. Lo hizo no sólo para mostrar el dolor de los persas por la derrota, sino también -y muy especialmente- para sugerir a sus compatriotas no humillar al vencido,

³ El artículo correspondiente de la *Suda* (famosa enciclopedia del siglo X escrita por eruditos bizantinos) le atribuye la autoría de noventa piezas; otro tanto refiere el *Marmor Parium* ‘el Mármol de Paros’, un antiguo documento epigráfico donde están consignados acontecimientos políticos y culturales de la antigua Grecia. Cabe mencionar que todas sus obras están compuestas en verso y que sus coros, que en ocasiones danzan, estaban enriquecidos con acompañamiento musical.

⁴ La situación, evocada en *Las ranas*, no deja de ser jocosa. Díónisos, en cuyo honor se celebraban los festivales dramáticos, harto de las malas piezas representadas después de las muertes de Sófocles y de Eurípides, decide descender al Hades para devolver a la vida al más grande de los trágicos. Al llegar asiste a una disputa entre Esquilo y Eurípides sobre los méritos de cada cual y, pesados los versos de ambos en una balanza, la gloria queda para Esquilo a quien Díónisos devuelve a la tierra. Esquilo, antes de dejar el Hades, entrega el cetro trágico a Sófocles, delicada manera de Aristófanes de referirse a sus preferencias.

⁵ *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, trad. J. Xirau y W. Roces, México, FCE, 1962, p. 239.

⁶ *Historia de la literatura griega*, trad. J. M. Díaz Regañón y B. Romero, Madrid, Gredos, 1968, p. 272.

a la vez que sentir empatía por su dolor ya que la *Týche* en esta ocasión inclinó la balanza en favor de los helenos, pero la suerte puede ser cambiante. Destaca con tales consejos valores sublimes de lo humano -el compadecerse del prójimo en situaciones afligentes-, a la vez que poner en evidencia lo dañoso de la *hýbris* 'soberbia', que ejemplifica con el alocado proceder del rey Jerjes que pretendió torcer los designios de la *phýsis* 'la naturaleza' tendiendo un puente sobre el Helesponto para poder invadir Grecia. Según puntualiza E. Francois, antiguo profesor de griego de la UBA, siguiendo el parecer de Heráclito, "si el sol quisiera salirse de los límites que tiene fijados, las Erinnias, servidoras de la Justicia, sabrían encontrarlo"⁷, en alusión a una fuerza, tan invisible como poderosa, que mantiene la armonía cósmica, que se impone como una nota que alienta en toda su dramaturgia

Según el imaginario griego, esa temeraria osadía debía, ciertamente, haber irritado a Poseidón, el dios del mar. Es por eso que la lectura que de esa descabellada acción hicieron los griegos -que un reducido número de sus remeros y hoplitas pudiera haber vencido al poderoso ejército persa- les hizo pensar que en la victoria debían haber intervenido los dioses. Estos no habrían querido que un solo hombre gobernase Asia y Europa, siendo además un impío que menospreció lo sagrado al poner cadenas al mar. Esquilo, fiel a viejos preceptos apolíneos tendentes a la moderación -*medèn ágan* 'nada en demasía'; *gnôthi sè autón*, 'conócete a ti mismo', es decir, ten conciencia de tus límites, en tanto mortal, y a las enseñanzas del sabio Solón, aconseja la moderación y el respeto por los vencidos.

Unas palabras sobre la línea argumental:

Los Persas se abre con el parlamento del coro de ancianos de Susa, entonado frente al palacio, junto a la tumba de Darío. A éstos el intrépido Jerjes, antes de marchar a la lid, les encomendó velar por su reino. Los ancianos se angustian al no tener noticia alguna de lo que sucede en la embestida, por lo que intuyen la posible derrota del ejército. Solo saben que los persas hicieron un puente con las naves con que surcar el Helesponto para atacar la Hélade por agua y por tierra al mismo tiempo. Que todo ha sido prolijamente calculado pero, se preguntan los ancianos en inquietante espera, ¿qué mortal podrá escapar de la engañosa astucia del Destino, quién podrá substraerse de sus redes? Cuadro semejante al del comienzo del *Agamenón*, también como ésta, una tragedia de clima.

En tanto el coro se aflige, se apersona Atosa, la viuda de Darío dando cuenta de que el *eídolon* 'imagen' del soberano se le ha aparecido en sueños revelándole la derrota de Jerjes. Intrigada, la reina pregunta al coro dónde queda Atenas y quién es su rey; los ancianos le responden que *los atenienses no son esclavos ni súbditos de hombre alguno*, con lo que la tragedia remite a dos formas de gobierno: democracia y tiranía. El diálogo se ve interrumpido con la llegada de un *ángelos* 'mensajero' portador de la noticia de la derrota persa y, más aún, que las costas de Salamina están sembradas de cadáveres, aunque Jerjes, que ha dado al ejército orden de retirada, logró sobrevivir. Los griegos contaban con unas trescientas naves, en tanto los medos superaban el número de mil, pero parece que a un dios le disgustó la acción impía de los atacantes por lo que inclinó el fiel de la balanza contra la armada persa, resultando vencida. Refiere que los remeros griegos, presos de entusiasmo, entonaban gritos libertarios, en tanto Jerjes los aguardaba en las costas de Salamina, en un sitio donde acostumbraba juntar sus coros el dios Pan; allí la armada helena resultó victoriosa. Y en ese sentido el historiador Heródoto entiende que los griegos creyeron no haber actuado solos sino con el auxilio del referido dios de los pastores, al que uno de los suyos manifestó haber visto deambular en medio de la refriega.

⁷ *Ad hoc, El teatro de los griegos*, Bs. As., Institución Mitre, 1941, p. 70.

La viuda Atosa, plena de dolor, invoca al divino Darío portando ofrendas propiciatorias a su tumba para que la auxilie con su consejo. Y es entonces cuando del túmulo surge el espectro majestuoso del viejo monarca quien pregunta a la que fue su mujer qué ha sucedido. Enterado de la derrota naval, anuncia que en el futuro habrá otra funesta batalla en tierra -en alusión a la que más tarde se daría en Platea-, sin dejar de aconsejar a que los suyos se limiten a luchar en Asia absteniéndose de cruzar el mar que, por designio divino, les está vedado.

A Jerjes, preso de incontrolable furor, los dioses le enviaron una *áte* ‘ceguera’⁸ que lo llevó a persistir en el error y acometer, en consecuencia, su osada desmesura. Jamás -dice Darío- deja Zeus sin castigo la soberbia desenfadada a la vez que ruega a los ancianos aconsejen a su hijo a que, deponiendo su arrogancia, se conduzca con prudencia y no peque contra los dioses. “Yo, entretanto, vuelo al reino de las tinieblas.” Tras esas palabras irrumpen Jerjes en escena con sus vestidos rasgados lamentando no haber muerto en batalla ya que nació para ruina de la tierra de sus padres. La pieza se clausura con el ruego del abatido monarca al coro de ancianos de que se mesen las barbas en señal de duelo y, gimiendo, retornen a sus hogares.

Cabe referir que Esquilo, en consonancia con su propósito de oponer Darío a Jerjes, contradice la realidad histórica pues el viejo rey, en sus últimos años, lejos de abogar por la moderación, pensó atacar a los griegos para vengarse de la derrota sufrida en Maratón.

En esta tragedia no hay propiamente acción, sino la puesta en escena discursiva de una situación trágica, una suerte de *thrénos* ‘canto fúnebre’ con el que Esquilo, en actitud serena y reflexiva, propone moderación y recato: no ensoberbecerse con la victoria, a la vez que compadecerse del vencido. Es interesante notar que en ningún momento menciona a los jefes griegos ya que su propósito no fue exaltar la victoria, lo que incluso podría haber concitado los celos de los dioses, sino dar cuenta de la derrota y del dolor de las víctimas.

Epidauro y su teatro

Epidauro, antigua ciudad de la Argólida, fue famosa por el templo dedicado a Esculapio, dios de la medicina. A su templo, que era también una suerte de hospital donde curar enfermos, cerca del cual corrían aguas termales, se construyeron albergues, un estadio, un gimnasio y, ciertamente, un teatro como forma de hacer más agradable la vida de los peregrinos. Recordemos que cada ciudad importante del mundo antiguo tenía su teatro, erigido siempre sobre una colina para que la declinación natural del terreno facilitara una buena visión⁹. El de Epidauro es uno de los mejor conservados; tiene cabida para unos 16.000 espectadores sentados. Está construido en caliza blanca y abierto hacia el santuario; detrás de la escena hay un paisaje privilegiado que se impone como fondo natural. Fue construido en el siglo IV a. C.; es obra del arquitecto argivo Policeto el joven, según refiere Pausanias (II 27, 5), y ampliado en el siglo siguiente duplicando la cantidad originaria de sus asientos. Se lo recuerda como el más armonioso de toda Grecia. Tiempo más tarde, en Roma, Vitruvio, en su monumental tratado *De Architectura* (V 7) lo toma como ejemplo. Su

⁸ *Áte* ‘*aveuglement de l'esprit, folie*’, traduce A. Bailly en su *Diccionario*, ed. 1950, s. u. (pág. 300). Sobre este término, que en la cultura griega remite también a una divinidad (*Áte*), A. Lesky refiere que se trata de un concepto que en el helenismo tenía dos aspectos, aunque sentidos como unidad. Así, visto del lado de la divinidad, *Áte* es el hado que aquella envía al hombre; visto por el del hombre, se manifiesta como la obcecación que en el primer momento se le aproxima adulándole, pero que ofusca más y más sus sentidos y termina por llevarle a la perdición”, en *op. cit.*, p. 273.

⁹ En una reunión mantenida con Mario Roberto Álvarez en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, este eximio arquitecto me comentó que cuando estuvo diseñando el declive del Teatro Municipal General San Martín tuvo muy en cuenta el de Epidauro.

koílon 'cavea, gradería', de excelente acústica, tiene 119 metros de diámetro; su *orchestra*, en la que actuaba el coro, es circular y en su centro estaba la estatua de Diónisos, de la que solo resta su base. No se conserva la *scaena frons* 'escenario', cuyo fundamento da cuenta de que tenía 27 metros de largo. En este marco privilegiado hoy se celebran las *Epidauria* instituidas por el regista griego Karolos Kuhn quien escenificó piezas con la participación de Katina Paximou, Irene Papas y Melina Mercouri, entre otras figuras famosas. El de Epidauro está considerado uno de los más bellos y armoniosos teatros de la antigüedad.